Arzobispo
Ricardo Blázquez Pérez

Catequesis

Año de la fe 2012-2013

«Creador del cielo y de la tierra»

1 de diciembre de 2012

En mi última carta os informé sobre la Asamblea del Sínodo de los Obispos, concluida el 28-10-2012, en la que participé representando a la Conferencia Episcopal Española. Hoy quiero retomar la exposición del Credo, que deseo comentar a lo largo del Año de la fe. Es una síntesis realizada en los primeros siglos de la Iglesia, que recitamos particularmente en la celebración eucarística, uniendo los labios y el corazón. Como decía san Agustín, el Credo debemos retenerlo siempre en la mente y en el corazón; habiéndolo aprendido de memoria siendo niños, debemos recitarlo muchas veces. Aprender el Credo y el Padre Nuestro es tarea de la iniciación cristiana. A medida que vamos madurando, comprendemos mejor lo que significan las palabras y qué alcance tienen para la vida.

De la creación nos habla muchas veces la Sagrada Escritura. Hay dos relatos de la creación en los dos primeros capítulos del Génesis, las primeras páginas de la Biblia; los relatos tienen una forma literaria que estudian los técnicos, de cuyo trabajo nos beneficiamos todos. Los relatos no pretenden responder a las preguntas sobre cómo y cuándo ha surgido el cosmos, ni cómo y cuándo ha aparecido el hombre sobre la tierra. Son preguntas legítimas que se hace la ciencia y nos hacemos todos. Pero la Sagrada Escritura y la fe se sitúan en otro plano y en otro orden de cosas: ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Cuál es el origen, la meta y el sentido de la vida? ¿Procede todo de la casualidad? ¿Somos víctimas de un destino ciego? ¿Es todo como un caos dominado por poderes anónimos e incontrolados? Podemos

hombre el mando sobre las obras de sus manos; para cuidar la creación y hacerla fecunda, pero sin esquilmarla; para poner nombre a los animales (cf. Gn 2,19-20) en señal de señorío, pero sin maltratarlos. El hombre es como el administrador que domina el mundo en nombre de Dios, siendo responsable ante Él. Debe amar y respetar a los demás hombres; debe servirse de las criaturas ordenadamente. No le es lícito alterar el orden de las cosas ni cambiar la ley natural, inscrita por Dios en el mundo y en el corazón del hombre. Si violentamos la naturaleza, terminamos siendo víctimas, como sabiamente enseña el dicho popular o al menos bastante conocido: ”Dios perdona siempre, el hombre a veces y la naturaleza nunca”.

Viviremos bien orientados humanamente si nos dejamos regular por Dios, nuestro Creador, cuya sabiduría cantan los cielos y podemos aprender en nuestra condición humana. Dios ama todo lo que ha creado (cf. Sb 11,24-26); no abandona la obra de sus manos. Si respetamos al hombre y al mundo, encontraremos en él hogar para todos, serenidad y confianza. Si nos hacemos señores absolutos, negando el encargo recibido de Dios como administradores, introducimos en todo desavenencias. Cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios, el paraíso dejó de ser un jardín, se escondieron de Dios, se acusaron mutuamente, el trabajo se les hizo penoso y la tierra produjo cardos (cf. Gn 3). Todas estas imágenes son muy elocuentes también para nosotros. La comunión con Dios, en cambio, nos otorga el descanso por el que suspira nuestro corazón inquieto, nos hermana con los demás hombres, nos reconcilia con nuestra existencia y sus altibajos, y abre nuestros oídos para escuchar en la creación las *noticias de su Autor* (san Francisco de Asís).